



RECOPILADO EN "De esto
y de lo otro" tomo I

"La Nación", Buenos Aires
31 enero 1923

8-369

«Romances de ciego» Por Miguel de Unamuno

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, de 1922.

Allá, en 1918, en los tiempos más oscuros de esta revolución civil española que sigue su curso—en estos días en momentos culminantes—y, en tiempos en que mi espíritu, de conformidad y en conformación con el ambiente, corría también brava tormenta, cayeron bajo mis ojos en el semanario "España", de Madrid, unos "Romances de ciego" firmados por un Julio Arceval; que desde luego suptuse que era un pseudónimo. Y lo era de Salvador de Madariaga, uno de nuestros primeros escritores y trilingüe, pues lo mismo que en español escribe en inglés y en francés, de los más cultos y sobre todo un soberano poeta. Poeta, esto es: creador, y tanto o más que pensador, sentidor.

Escribí para aquellos romances de ciego un prólogo y prólogo y romances han estado sin publicarse recogidos en un tomo, y por falta de editor, hasta hace muy poco, hasta este mes.

No sé como recibirá el público de lengua española los "Romances de ciego" de Salvador de Madariaga, pero de mí sé decirlos que hace mucho tiempo no recibía una impresión tan fuerte y tan honda de poesía española. Ya por la forma, ya por el fondo.

Yo no sé si ocurrirá con estos Romances algo de lo que William James, en su ensayo "Vale la vida, la pena de ser vivida?" decía del poema "La ciudad de la noche terrible", de James Johnson llamándole "patético libro" que "creo—decía—que es menos bien conocido de lo que por su belleza literaria debería serlo, sencillamente por que los hombres temen citar sus palabras—tan sombrías ("gloomy") son y a la vez tan sinceras". Y en este mismo pasaje hablaba W. James de "almas tan incapaces de felicidad como la de Walt Whitman lo era de desesperación" y del "exquisito Leopardi". Traduciendo yo por desesperación el inglés "gloom". Y me temo que muchos teman citar a Madariaga o leerlo precisamente por su tono patéticamente pesimista. Pero no leopardiano.

El pesimismo de estos "Romances de ciego" de Salvador de Madariaga no es, en efecto, de tono leopardiano. Va la diferencia de uno a otro pesimismo que va de los endecasílabos y heptasílabos, en general libres o sea sin rima, del italiano, a los octosílabos asonantados del español. Y esto que parece formal y externo influye poderosamente en el fondo y en lo interno. Algún mayor parentesco tiene la poesía de Madariaga con la de ciertos poetas patéticos, de desesperación, portugueses, como Antero de Quental y Antonio Nobre. Aunque de Antero le distingue el no tener como aquel tan a sobrehaz el elemento conceptual, el esqueleto de los poemas.

Ved aquel romance del romero que va a Roma y con él tres hermanas: Fe, Esperanza y Caridad, y le aban-

donan la Fe y la Caridad y se queda solo con la Esperanza hasta que "sin motivo un día—como todos los demás—la Esperanza, la Esperanza—también la abandonará.—Cerraráse en torno tuyo—un cerco de soledad,—y cuando al caer la tarde,—cansado de caminar,—al borde de tu camino—te sientes a descansar,—solo, solo y sin consuelo,—ya no podrás ni llorar.—Romero que vas a Roma,—a Roma no llegarás". O leed también aquellos lamentos de Matusalén, que sobrevivió a los suyos, lamentos que tienen como estribillo un "¡Ay de mi alma!" ecó del estribillo tradicional de "Ay de mi Alhama!", que dice el rey-moro de Granada en el famoso romance viejo que diciéndolo traducido del arábigo conservó Pérez de Hita en su "Historia de los bandos de Cegries". En el de Madariaga hay expresiones felicísimas—y la expresión es la belleza—y una estrofa que dice: "¿Para qué quiero, señor,—para qué vida tan larga,—si por un hoy que me das—un ayer de mi alma arrancas?—¡Ay de mi alma!".

"¡Bueno!—dirá alguien—¿a qué entenebrecer la vida?". Pero, saliéndonos ya de la estética propiamente tal, para entrar en la ética, es lo cierto que no hay mejor remedio contra la desesperación que convertirla en poesía. "Los duelos con pan son menos"—dice el refrán, pero mejor cabría decir que las penas cantadas dejan de serlo y se convierten en consuelo. "Ningún dolor mayor que acordarse del tiempo dichoso en la miseria", decía el Dante a Francesca da Rimini pero se lo había decir en verso y patéticamente y mientras lo decía así Francesca se recreaba en su miseria y gozaba con ella. Aquel Infierno cantado es una gloria.

"Es que—me decía un viejo amigo—ese pesimismo poético o filosófico vuestro no es ya pesimismo". No lo sé, pero sí que los hombres más rectos para la acción, los más eficaces, los que han hecho cosas con más entrañas de eternidad son los que han vivido respirando desesperación trascendente.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDOS.USALE.S



Claro está que todo esto nada tiene que ver con el arte. El arte ni es triste, ni alegre, ni esas categorías de tristeza y de alegría tienen valor estético. Pero las gentes gustan de evaluar la poesía por otro valor que el estrictamente poético.

No vaya a creer tampoco el lector que los poemas, los romances, de Salvador de Madariaga son cosa filosófica y de meditación solamente, ¡no! Tienen un grandísimo valor plástico, descriptivo. No hay sino leer el que empieza: "Ya me llevan, ya me llevan,—camino de mi destierro,—la Primavera, el Verano,—el Otoño y el Invierno". Ahora lo que suele ocurrir es que hay gentes a quienes les molesta que en los versos haya algo más que visiones externas en soneto.

Expresiones aforísticas, sentenciosas, hay no pocas—y muy felices—en los romances de Madariaga, pero esas expresiones les dan un tono didácti-

co profundamente castellano. Que la poesía castellana siempre tuvo un cierto sabor a sermón. No ya aquella famosa "Epístola moral", la que empieza: "Fabio, las esperanzas cortesanas—prisiones son do el ambicioso muere..." sino las mismas famosísimas coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre, son otra cosa que un sermón poético? Desde que empiezan: "Recuerde el alma dormida—avive el seso y despierte..." hasta que acaban: "y aunque la vida murió—nos dexó harto consuelo—su memoria".

Con las "Coplas" de Jorge Manrique ha querido emparentar los "Romances de ciego" de Salvador de Madariaga el editor de éstos, aunque haciendo notar que en estos últimos la "idea de afejo abolengo en la poesía española" está remozada por "una filosofía moderna" ¿Moderna? ¡Qué! ¡Antiquísima! La del Eclesiástico atribuido a Salomón, dechado tradicional y popular de sabiduría, la de Omar Khayyam, la sabiduría más antigua. Y a la vez la más popular.

El "Romance final" de los del ciego vidente que es Salvador de Madariaga reza—esta es la palabra, reza—así: "Cayó la luna en el mar—y se quebró en mil pedazos.—Cayó el amor en el hombre—y se quebró en desengaños.—Cayó el hombre en la Natura—y se quebró en deseos vanos.—Cayó lo Eterno en la Edad—y se quebró en miles de años.—Cayó Dios, y se hizo trizas:—son los hombres, ¡mis hermanos!" Este romance es acaso el menos popular y el menos de ciego a la vez que el más filosófico. Pero ¿reharemos a Dios componiéndonos los hombres? Es la preocupación actual de esta Europa de la trasguerra. Y ello aunque los más no lo vean así. Hay que recomponer, hay que unir, hay que rehacer a Dios.

Este libro de los "Romances de ciego" de Madariaga es un libro español, o mejor ibérico, y es un libro de la trasguerra. De la que precede a otra guerra. Y quiero aquí, para terminar, reproducir las palabras con que terminé el prólogo que en enero de 1919 escribí para esos "Romances". Y dicen: "En las tristezas temporales de esta disolución histórica de España, las almas españolas fuertes hallarán remedio, remedio trágico, en la recta medicina de esta desesperación que la enlaza a uno, permitiéndole luchar, como Jacob, con Dios. Y guárdense los satisfechos de la vida sus narcóticos". Desde enero de 1919 acá la disolución histórica de España ha ido en aumento y hoy parece que llegamos al fondo de lo que el Sr. Maura, llamó "declive" y yo he llamado "derrumbe", fondo que será el principio del ascenso a una nueva cumbre acaso tras de la cual habrá otro barranco. Y en este derrumbe, el más hondo trabajo es el de recomponer a nuestro Dios ibérico. Y a ello nos ayudan obras como esta de Madariaga que son obras de religión, de nuestra poética religión española, en la que la desesperación se hace conformidad.

